

Apuntes al margen

Cristóbal Gaete

Apuntes al margen

1. Galería

Diario

Tres entradas, dos por calle Salvador Donoso y una por Condell. Al medio de la ciudad, terminado El Almendral y al borde del entorno patrimonial de Valparaíso. A un par de cuadras de la principal plaza y en la dirección contraria a los barrios de carrete como la subida Ecuador.

La galería es la base de dos plantas, una que corresponde a departamentos y oficinas usadas indistintamente, como la mía; otra, que es propiedad del Hotel Prat y tiene su propia división. Siete pisos tiene cada una, además de azotea, entepiso y subterráneo.

La principal entrada es la de Condell, una de las calles más colapsadas del puerto. En el acceso izquierdo hay un local de tecnología; en su exterior hay una niña con síndrome de Down que vende paltas en malla. Al frente está una heladería llena de jóvenes trabajadoras con sus poleras manchadas de distintos sabores; a veces escondidas chatean en el celular o comen las galletas que compro. Ya dentro de la galería se erige un local que ocupa el triple de espacio que los otros, ropa de una diseñadora de unos sesenta años, llena de maniquíes y colgadores. Tiene una reja que se cierra y abre con una palanca, la única de ese tipo en el lugar. Es una gran pecera, imposible no mirarla. El imán de esa vidriera es una mujer de cuarenta años, harta de que la miren, con pantalones de cuero. Esa tienda termina en los ascensores de mi planta, justo al frente de la oficina del conserje que rota entre tres personas y un nochero.

Sigue lo que domina la galería, chucherías indias extendidas en tres locales, justo donde se abre el pasillo en

dos. Ahí está el ascensor del hotel. Por uno de los lados una zapatería de saldos seguida de otra del mismo rubro, que también es peluquería; una nítida muestra de cómo es sobrevivir comercialmente encerrado en una galería en Valparaíso. Continúa la Óptica Porteña, llena de lentes *vintage* revalorizados por los *hípsters*, un pequeño bazar de productos congelados y la lavandería que daba a Salvador Donoso, con armatostes italianos que giran sin parar y a los que corresponde caer por mis propias vestimentas.

Al frente una peluquería que imaginaba demasiado buena, porque siempre está cerrada; antes, un local de estampados en tazas, polerones y cualquier cosa. En el otro pasillo que sale a Salvador Donoso se abre el restaurant del Hotel Prat, que daba menús con horarios extendidos y alojaba celebraciones por las noches. Un lugar amplio, siempre perseguido por su propia actividad; las veces que almuerzo allí siempre quedan serpentinas y globos, o quizá permanecen allí para encontrar sentido en cada fiesta. Esto es lo que anotó Manuel Peña Muñoz en *Valparaíso, la ciudad de mis fantasmas: memorias, 1951-1971*: “Aquella noche, la casa estaba engalanada con canastillos de flores y guirnaldas de papel blanco. Allí estaban llegando las amistades de mi madre que días antes le habían ofrecido una despedida de soltera en el Hotel Prat: Delia Balbontín, Jovita de Peñafiel, Ana de Ayala, Beti de Davagnino... Fueron nombres y figuras que acompañaron muchos años a mi madre”. Recuerdos de un tiempo donde todos estos negocios eran salones de té, de baile, para juegos y reuniones.

Teodora, que pasó por allí hace unos días, me comparte lo que escribió cuando a fue a conocer el lugar.

Madre siempre decía: Escribe, escribe y entrégalo. Para ella las cartas son algo muy importante, ahí las palabras andan sin trampas ni interrupciones. Por eso, esperé un momento íntimo para leer la última que me había escrito.

Decía que echaba tanto, tanto de menos a mi papá que quería vender todo lo que había en la casa, hasta los sillones que forró con sus manos y de los que se siente muy orgullosa. Que se sentía tonta al pensar en comprarle un regalo a pesar de su ausencia y que, por favor, me volviera a hablar con mi hermana antes de Navidad, que no podría soportar otra tristeza.

Miré alrededor y había puros viejos almorzando. Yo solo tenía un pisco y una tónica, nada de comida. Es que tomar con la guata vacía da la sensación de tomar en serio y lo prefiero. Solté una lagrimita y las demás me las aguanté, porque ya me sentía lo suficientemente patética. ¿Qué van a pensar de mí estos viejos? ¿Que soy muy chica p'andar tomando sola a las tres de la tarde en el Hotel Prat? ¿Que soy alcohólica y que tengo pena? ¿O que tengo pena y por eso tomo?

No me contuve mucho rato más y me puse a llorar con fuerza. Tampoco sé bien la razón, si fue la carta o la muerte de mi papá, o que estoy sola en un puerto que apenas conozco, o el daño que me hago a mí misma por no tener la inteligencia para dejar que las cosas se vayan.

Caí en una vergüenza grande al verme llorando en varios espejos del lugar, debajo de las luces de neón. Cada reflejo se veía en otro reflejo y las luces de neón también, eran tantos estímulos que se mezclaban. Era hermoso.

Pedí otra. No me gusta llegar a la casa. Nunca me ha gustado. Al menos si llego borracha lo soporto mejor, no me encierro en mí.

No miento si digo que me hubiese gustado estar con alguien ahí, no alguien en específico, sino cualquiera. Me da un poco de miedo admitir que me siento sola. Es que yo no soporto la pena, no quiero ser esa persona, pero tengo y soy y a veces ya no sé cómo huir de eso. Por eso voy y me escondo a las tres de la tarde en el Hotel Prat.

A unos pasos la tabaquería, bastante más barata que otras en la ciudad. La dueña fuma ahí mismo, ajena a la ley que hace algunos años lo prohíbe. Quizás el mismo edificio está atrapado en otro tiempo que permite esas licencias. Otra tienda con las puertas cerradas está al frente, una costurera que jamás acepta ningún trabajo. A su lado dos torres gigantescas de ropa la tienen atrapada hasta los domingos. Al lado un local de elementos computacionales, una tienda de mostacillas de una joven madre, y un sushi, que es el negocio con más éxito.

En el exterior, una galería de arte llena de tejidos abandonados. Termina una agencia de viajes a la medida de Valparaíso, ofreciendo paseos de estudio, viajes por Chile, traslados sencillos.

Metáfora

Una galería que se blindo cuando en la ciudad escampa, que se coloca en posición de defensa ante las turbas. Un edificio que se enlata prohibiendo todo. Una galería que se desocupa dejando pequeñas pistas de vida. Un número de teléfono para retirar trabajos. Una señal para preguntar en otro local.

Novelita

También está el chino. En los pasillos hay comidas preparadas, regalos religiosos que parecen ancestrales, productos que son versiones baratas. Con un poco de dinero se podía redecorar una casa con su estilo. Creo que solo en una caja de champú vi el pelo ensortijado de una oriental, como lo llevaba Shui. A veces pasaba por fuera y la veía pasando cosas por la caja, o recortado su rostro en un recuadro de la cámara que vigilaba los pasillos. Pasada la primera vez que la vi, gugué mujeres chinas con el pelo ensortijado, pero jamás hallé ninguna; sin duda era el cruce con la chilenidad. Un cruce casual; un chino que va a hacer negocios y que conoce en un bus a la madre de Shui.

A veces compro papel de oriente y voy al puesto del lado, el cíber. Casi todos juegan en línea absortos. Los cuerpos caen de a decenas en sus pantallas, y yo abro la ventana del Facebook que podía comunicarme con Shui, que escribe desde su celular muy rápido.

En medio de esta guerra, produzco material autogestionado, porque ahí trabaja un amigo por el sueldo mínimo y el recorte diario de cinco lucas. Sin esas cinco lucas es imposible vivir. El cíber es hechizo, con recovecos. Todos espiados por él desde las pantallas y los mensajes que hablan de una ciudad: nazis, migrantes, sexo en línea. Todo eso él no lo veía, esta vez espiaba mensajes para “Luz etérea” de *hackers* internacionales. Me quedé sentado al lado de mi amigo hasta que la vi acercándose a la caja con la cara pintada. Mi amigo no le cobró. Yo comencé a caminar con ella detrás del pasillo de la galería. Comenzó a subir las escaleras del hotel. Ella no se veía en las cámaras de seguridad.

2. Departamento

Diario

Había pasado por allí como quien pasa por lugares innecesarios, sin fijarme, detenido accidentalmente en un puesto, en una librería que quebró, huyendo del sol del verano. Pero allí estaba por los primeros avisos, los más baratos, de propiedades en arriendo del diario en el plan de la ciudad, por mi propio nomadismo, por la oscuridad que me absorbía en el lugar donde estaba. Hacía meses buscaba algo medianamente justo en precio, difícil en una ciudad llena de santiaguinos y estudiantes.

Había llamado temprano, accidentalmente logré llegar antes de la hora pactada a la oficina de la arrendataria, abogada especialista en familia, evitando el ascensor. Estaba en un entrepiso, frente a una oficina médica. Me mostró el lugar, el 402, como a mucha gente más; el departamento lo vi junto a una pareja con una bebé; me quedé rondando. Yo no tenía papeles, contrato, liquidaciones, futuro; solo tenía dinero. Ella exigió verlo y pasó las llaves, tras caerle en gracia al comentar los libros de Khalil Gibrán de su biblioteca.

El primer momento en un departamento vacío es el de su mayor extensión; sobre un suelo prolijo de madera caminé a pequeños pasos, buscando las grietas del terremoto. Había algunas, casi imperceptibles. Las ventanas daban a un patio interior techado en forma de U, que me hacía ver a los vecinos constantemente, oírlos, reconocerlos. Un escritorio extenso y de impecable madera que llegaba de pared a pared en la habitación, un living simétrico, un baño perfecto para morir en la tina y una cocina donde cabía apenas. Entremedio de los ambientes un biombo que se abría tirando de ambos lados desde el centro.

Seis días después aparecieron los amigos ayudándome con las cajas y cosas; les pagué con litros de cervezas.

A la mañana mi cuerpo se estiraba en la extensión de la escoba y el paño con que enceraba el piso. El color rojo amarillento de las paredes. Abrí las ventanas.

Metáfora

Unos departamentos interrumpidos por otras formas de vivir o sobrevivir. Como cuando caminas por los cerros y de las ventanas salen letreros que te ofrecen cosas.

La luz cambia a medida que subes los pisos. Abajo es como el plano, húmedo, oscuro, y va abriéndose mientras asciende, como en los cerros.

Novelita

Shui sería la segunda visita al 402. Mi departamento la recibió encima del escritorio de madera donde no escribiría un libro. El gabinete del doctor Perro de Puerto. Nunca pondría cortinas, nunca cerraría la puerta corrediza que podría impedir que nos vieran los vecinos. Nos convertiríamos entonces en un espectáculo bajo la luz natural del otro día, solo suspendido por la mirada karateca que me mantenía quieto, a su lado. Abrigada en la cama, dejando sinogramas para su ausencia, contándome su vida, cómo su padre había muerto y un tío la había ayudado. Primero, su padre vendía tecnología en terreno —quién dudaría de un rostro oriental en los ochenta—, después un restaurant tenedor libre hasta llegar a este supermercado de importaciones. Hacíamos del departamento nuestra casa en la tarde libre de ella, escuchando el sonido de una impresora y una máquina de escribir de una oficina cercana, desafiándome. Decía: Escribe.

Frente a una ridícula declaración de amor, Shui me dijo que prefería ser libre. Eso no me hizo libre. Con su astucia de supermercado me veía en los espejos si subía con alguien más. Los amigos a veces veían también la puerta abierta del edificio a toda hora y entraban con el hocico en llamas. Golpeaban la puerta y yo guardaba silencio, los imaginaba viéndose en la situación de auscultar el ojo mágico. ¿Será el departamento correcto? Los propietarios del frente recibieron una carta para mí, contra mí. La única que podría llegar a cualquier hora era Shui, porque a cualquier hora de la madrugada terminaba la descarga de los camiones con las importaciones.

Yo la llamaba Luz etérea, su nombre secreto. Le hablaba de sus pecas, que eran explosivas, y las frotamos tanto. Hasta que los vidrios estallaron.

Al despertar en el hospital, no estaba ella a mi lado. Una enfermera me dijo que nunca más podría estarlo. Habían pasado varios días.

Lo que vio Shui durante un par de segundos en caída tras la explosión era la escalera que ascendía desde la planta y las gruesas terminaciones de techos chocando sobre el patio interior. La escala daba rápidas visiones de lo que constituía cada piso, incluso del entrepiso, que acogía oficinas de abogados.

En el exterior de una oficina del segundo había una banca de plaza fija, el pasillo del tercero casi siempre estaba ocupado por un niño jugando fútbol, y en el que yo vivía una oficina de rayos X estaba pegada a mi departamento. La parte donde se hacían los exámenes chocaba con la pared del baño, y me preguntaba si no me afectaría. Me imaginaba entonces con la luz apagada como un montón de huesos en movimiento. Más arriba seguían los departamentos y las oficinas, hasta llegar a la del administrador en el séptimo, que daba a un acceso a la terraza separado por un portón siempre cerrado.

De vuelta en el 402, convaleciente, en las noches, solo, escuchaba las quejas del edificio.

A veces gritos de un hombre. ¡Gooooool! Gracias a él sé que Wanderers gana partidos. Uno tras otro.

Al departamento no podía llegar internet, con suerte señal telefónica. Lo que sí llegaba eran risas de mujeres. Pensaba en ellas. Cuando llegué, me decían que vivían en el edificio. Vi sus números y promesas en los avisos económicos del diario. Eran imágenes muy pixeladas. Discretas, sin conserje, recién separadas.

Como uno mismo viviendo en un hotel.

En las noches golpeaban la puerta y tras ella: Luz etérea. Una y otra vez me montaba y hacía temblar la ciudad.

También hacía temblar a la ciudad la campaña de SW. Debía ganarle a Colo-Colo para salir campeón. Tras el grito de goooooool agónico el olor del fuego estaba en todas

partes. En los cerros se veía lo que Pablo de Rokha llamó “la cabeza infernal de Valparaíso”. La gente bajaba por las escaleras con sus televisores. El balón de gas que estaba al exterior de un departamento, enrejado, saltó a otra ventana.

Eché a andar el agua de la tina. Salí y Álvaro, al contrario de todos, subía.

3. Hotel

Diario

Las transparentes puertas del Hotel Prat y su *hall*: sillones amarillos de cojines cuadrados dispares, fotos antiguas del puerto y pasajes de cerros, máquinas de escribir como adorno, un computador para los visitantes. Antes de llegar a vivir ahí, lo había visitado. Muchas noches hasta la entrada, cuando se acababan los bares y vendían cigarros y cervezas de litro que me tomaba en las calles.

Había vivido también otro tipo de noches, las de una experiencia porteña común, usarlo como motel. En aquellas noches siempre había un hombre cerca. Supe al llegar que se llamaba Álvaro. Llevaba décadas en el edificio. Me dijo que no recordaba nada. Perfecto para recibir a los amantes.

¿Quién podría haber ocupado esas máquinas de escribir? En su día, Joaquín Edwards Bello, en “El hotel con arteriosclerosis”:

La entrada en la región, o pueblo de Valparaíso, es más decente y más alegre que la entrada en Santiago. Es más hermosa, más blanca. Salimos del tren. La estación es un barullo indescriptible. No hay taxis, ni coches, ni portadores de maletas. No encontramos piezas desocupadas en parte alguna. Todo lleno. ¡A Valparaíso! El mismo problema. No hay alojamiento. En todas partes nos rechaza el “no” fatídico. No, no y no. Por fin nos dan una pieza, “que acaban de desocupar”, en el Hotel Prat, el único de Valparaíso con ascensor. Todos los demás tienen escaleras paradas, como de bomberos, sin ascensor. He visto camas en corredores y pasillos. Hasta en el comedor del hotel. Me dicen que familias enteras durmieron en bancos de la plaza. El Hotel Prat es un viejo noble con arteriosclerosis. No funcionan las cerraduras en las puertas. Las cañerías, los

grifos, no funcionan. Están viejos. De pronto se inundan las habitaciones. Además de arteriosclerosis el Hotel Prat, el mejor de la ciudad, padece de asma. De noche, un ruido persistente, sordo, sube del fondo del hotel. No para. Es un ruido profundo, monótono, de sierra. Nos toma por el cerebro y el corazón. No cesa. Es como el cuento de Edgar Poe, «El corazón delator» (...)

Este Hotel Prat podría ser mejor con un comedor a la calle, con cerraduras y llaves nuevas. La recepción es amable y distinguida. El servicio es inmejorable. Lo malo es el edificio, el esqueleto. En las mesitas de noche de cada pieza han puesto los dos libros más leídos del mundo: el Libro de Teléfonos y la Biblia. Sinceramente creo que los pasajeros no leen la Biblia. Está impoluta. Me dicen que el gruñido permanente del hotel proviene de la máquina para sacar agua. Luego de sacada se escurre por los grifos rotos. Este año hubo turistas (...)

Siempre hubo problemas de agua, me dice la recepcionista del horario diurno, Elisa Urra, cuando le leo estos fragmentos. Bueno, si hay un maremoto el subterráneo recibirá el agua, concluye. El segundo y tercer piso no tienen ascensor, sino una escalera que no luce como las otras, escondida tras una puerta con llave al exterior, porque es independiente del hotel. Al pasar por ella huele a basura, como el plan de la ciudad. Como el cuarto es una mezcla de departamentos los cuales tienen una estructura clásica o han sido alteradas para unirse a la moda de los *lofts*. En estos, los techos altos fueron partidos a la mitad, arriba la cama, abajo la cocina americana. Bajo los dos metros se camina siempre con poca luz. El piso y el baño hablan de la gloria pasada. Es una mala solución, pero antes era peor, era solo una habitación grande con un baño.

El cuarto piso ya es parte de la administración del hotel. También tiene *lofts* de arriendo mensual aparte de las habitaciones clásicas. Kika Francisca González escribió lo siguiente de una visita a ellos:

Alejandra y Ernesto llegaron a vivir ahí el año 2014, motivados por lo barato del arriendo y la nula petición de antecedentes. Su departamento es un intento de *loft* en lo que alguna vez fue una habitación de hotel. El espacio es pequeño y un poco sofocante, el único medio de ventilación es una ventana alta

que da a Salvador Donoso, no se ve el mar, solo otros edificios. En el ambiente se mezclan el olor a comida, arena de gato y marihuana; el ruido del agua del estanque del baño, el sonido del extractor del *indoor* y el bullicio del tráfico.

Junto a la puerta se encuentra un mesón con los restos de la once, una cocina y el lavaplatos que está dentro de lo que parece ser un clóset sin puerta.

El baño es como un pasillo largo y sus accesorios se ven antiguos: la tina es grande, el estanque del WC es alto y el lavamanos amplio.

Su dormitorio está ubicado en un altillo construido sobre el espacio que podríamos llamar living comedor.

Ernesto trabaja en cocina. Me dice que mientras le comentaba a un compañero de trabajo donde vivía, se le acerca un garzón a contarle que antiguamente los departamentos eran usados para ejercer la prostitución:

—Podíais venir a tirar, comprar drogas, de todo, era como el antro de la perdición. Él me contaba con detalle porque tenía una pieza acá, era proxeneta y arrendaba una pieza para que las chiquillas vinieran a trabajar. Entonces una vez quedó la cagá, hicieron un operativo brígido así como SWAT, haciendo mierda las puertas, ¿cachái?, a la mierda la privacidad de la gente... Después de eso se acabó el webeo, dejó de ser lo que era. El tipo al que yo le pago el arriendo me confirmó la historia.

La Jana se quiere ir de ahí. Los robos, las ratas y los problemas con la administración del hotel ya los hartaron.

—El único que la lleva es el Álvaro, que hace aseo acá, saca la basura, cuida a los animalitos que andan rondando el edificio. Tiene dos perros, está el Arturo que se come los ratones, y el Cabezón que en la noche lo entran para que cuide la galería, se podría decir que trabaja acá. También hay unos gatos dando vueltas.

El Ernesto y la Jana comparten departamento con el Churro, un gato grande.

—Este es nuestro hijo. No debería tener pulgas si no sale a la calle, no hay tierra, nada. A mí me tinca que son pulgas de rata. Debe haber huevos de pulga milenarios. Hay que quemar esta weá, o irse antes de que se caiga.

Mientras entrevisto a la recepcionista, un joven busca a un peluquero que corta el pelo allí, en su *loft* del cuarto piso.

La recepcionista recuerda grandes visitas, como un circo francés cuyos artistas llegaban a cualquier hora, o

los músicos y bailarines argentinos del Valparatango, que abarrotaban los sillones de la entrada con su forma de hablar.

Ya en el quinto y sexto piso mantienen la estructura clásica. Ahí podemos imaginar, por ejemplo, la anotación de Alfonso Calderón en su *Diario de Valparaíso*:

Santiago, 5 de abril de 1968

Hemos ido con Elena a Valparaíso. Lleva un enorme sombrero rosado, un traje del mismo color y con ello toma un aire a la Renoir. Es fina y hermosa. Sin embargo, luego de preguntarle si le gustaría caminar por el Puerto, me ha dicho que le parece magnífico. Quince, veinte, treinta cuerdas, el ascensor a Playa Ancha, después a bañarnos a Las Torpederas. Me doy cuenta de que se siente mal, pero dice que no, que no pasa nada. Insisto y entonces me dice que se le han hinchado los pies, por la caminata, que tiene algo de náuseas, que puede ser un poco de insolación. La levanto con cuidado. Tomamos un taxi y nos vamos al Hotel Prat. Se tiende, descansa un poco, dormita. Como a la hora, dice que se siente bien.

El hotel clásico. Allí el fotógrafo Max Donoso fotografió a la misma recepcionista por considerarla una belleza porteña. Como también lo es la camarera. Como lo son los conserjes. Donoso pedía la 506 para hacer retratos, por la forma en que entraba la luz y el tapiz de las murallas, y que le llevaran el sillón de la 517 por su antigüedad.

Elisa me cuenta que un hombre murió en la habitación 519. Según dice fue apuñalado en Concón, y llegó al hotel donde se encerró varios días; solo recibía la comida y terminó falleciendo de una septicemia. Tras golpear para dejarle la comida y que no abriera, decidieron abrir con la copia de seguridad. Lo hallaron con los pantalones abajo. El turno de ese día se alargó muchísimo, para que llegaran las autoridades e hicieran las declaraciones. No se pudo hacer aseo en la habitación.

El hotel parece ser asediado por la realidad. De haber sido originalmente todo el edificio, de haber tenido muchos salones en el primer piso a convertirse en galería mientras la ciudad abandonaba su carácter portuario original para convertirse en provincia. El toque de queda mató la bohemia. Hoy que hay toque de queda el edificio sigue su cacería hacia arriba, devorando el pasado.

Las pocas habitaciones son ocupadas por trabajadores de compañías portuarias varados y por parejas que huyen rápidamente en la mañana. Todo ha sucedido para los pasajeros. La ciudad ya no era el principal puerto de Chile y no sé si del deseo en toque de queda podría vivir un hotel. Solo hay botellas, dijo el pasajero marino a la camarera. Botellas sin barcos adentro.

Las Biblias que mencionaba Edwards Bello fueron retiradas hace algunos años, me cuenta la recepcionista. La gente las rayaba, amanecían en el papelerero del baño. Se las llevaron con las guías de teléfono.

Metáfora

Un barco que siempre tiene habitaciones para naufragar en ellas con lo rescatado en el mar de la noche. Unas alfombras que deben contener información de muchos pies descalzos que no dejan huella. Un hotel que en la mañana de cualquier día luce desocupado. Mesas redondas cerca de la escalera y el ascensor para desayunos funcionales. Queques, jugos y té industriales, miniaturas de mantequilla y mermelada.

Novelita

Joaquín Edwards Bello también durmió en la habitación 519. Allí acariciaba el revólver de su padre.

Cuando me descubrieron supe que estaba perdido. Enfrentado al filo en la calle, traté de esquivar hasta que entró en mí. Salieron a la calle los gritos tardíos de la mujer y escuché a mi verdugo: Donde te pille te mato. Tomé el auto para manejar al hospital, pero en el camino todos los rostros de hombres me parecían el mismo. Sostuve mi herida como pude, con lo que tenía. Seguí manejando entonces, atravesé Viña y eran los mismos rostros los que se deslizaban por la noche. Ya en Valparaíso era también lo mismo, hasta que vi ese rostro distinto. Un hombre noble en la noche. Bajé del auto y entré a la recepción del Hotel Prat disimulando mi dolor y quedé encerrado. Solo abro para que me den la comida, apenas puedo moverme del ardor. No dejo entrar a nadie para limpiar. Mientras, escribo esto en las hojas blancas de la Biblia, en el lugar donde

alguna vez me traje a aquella mujer. Amando apoyados en la ventana, veía los cuerpos que se comerciaban en Salvador Donoso, que abrían sus abrigos para entrar a clientes. Empujaba más entonces, sentía temblar pero yo era el único. En este lugar no fui feliz, es otra cosa. Golpean la puerta. Respondo pero el sonido no sale de mi boca. Gritan más fuerte, golpean otras veces. Pasa el tiempo. Vuelven a golpear, a gritar. Ya no siento el ardor en el costado, tampoco intento hablar. Entran la camarera y la recepcionista, y me quedan mirando pálidas. Quisiera subir mis pantalones, pero no puedo moverme. Dejan la puerta cerrada, cada tanto la abren curiosos. No se acercan a mí. Se oscurece y entra la PDI con guantes. Abren mi camisa y la herida tiene un color violáceo. Cierran mis párpados.

Mientras ardía ingresé a los pisos vacíos del hotel, allí nadie tenía nada que sacar, casi. Entré en un loft que era una jaula. La cama estaba en un altillo con reja, que se veía desde abajo. Había un hoyo de luz que llegaba desde arriba. En el baño comencé a escarbar en las ventanas redondas hasta llegar a la proa del barco encallado en medio del edificio. En el timón comencé a activar la nave. Por fin crujía todo el hotel, toda la estructura, los sonidos que extrañaba el cronista. Los pasillos se caían, la galería era una estructura falsa que sostenía esta nave. Me lancé a la calle Condell.

4. Subterráneo

Diario

Encerrado, busqué el subterráneo en el subterráneo de la web. Entré al grupo “YO CARRETIÉ EN LA ESCAPE”. El administrador es un corredor de propiedades. El grupo, en el cual fui aceptado, se describe así:

“UF!! UN CLÁSICO DEL CARRETE PORTEÑO DURANTE LOS AÑOS 90 AL 2000!! UBICADA EN Galería Hotel Prat, ERA HASTA AHORA EL LUGAR CON EL MEJOR CARRETE Y LOS SHOWS MIXTOS MÁS OSADOS DE CHILE HASTA EL MOMENTO!!

152 miembros”.

Monto comentarios y posts:

“HUYYYY LOS PRIVADOS GENIALLLLL LOS GASTÉ JAJAJA/hay si contaraaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa/Diosaaaaaaaass/Siempre recuerdo esos jueves los llamados “día de la carne” jeje.../Haciendo la previa en el metro Shop y después reunirlos en plaza victoria en los leones, donde los amigos ya nos esperaban con los free-pass, llegábamos temprano para ocupar los mejores lugares, y cuidando la cerveza para canjearla!! Y llegaban las chicas, la Alejandra, Thiare, Geraldine, Aylen, Laura, Paloma, Cata, Fernanda... Y bueno de más está hablar del show, en el lado femenino también había!! Terminaban y comenzaba la fiesta esperando la chicharra de promociones de ahí me acuerdo hasta las 4 jeje/Como no recordarte Escape!!! si fue gracias a esa disco que aprendí a bailar salsa,,, me iba a la salsoteca a observar como bailaban ¡¡era espectacular verlos !! Con sus mejores cantantes de salsa pintados en las paredes/Que recuerdos los masculinos con Barbie/que será de Aylen (Chun-li)/era de Quillota no se vio más”.

En las fotos: chaquetas de mezclilla y chasquillas, humo sobre el espacio.

Una de las que decía bailar era Andrea Derbi Rojas. Le escribí al Messenger.

Andrea: Hola, sí sí, trabajé en el local Escape, pero no sé qué querías saber.

Cristóbal: Hola, gracias por responderme.

Andrea: De nada.

Cristóbal: Quiero saber cómo era el carrete de esos años, cómo crees que ha cambiado respecto del que se desarrolla ahora, en ese local en específico. Y otras cosas.

Andrea: Es que yo poco y nada carreté ahí, yo iba, hacía mi trabajo y me iba. Yo era *stripper*. Mucho no pasaba ahí.

Cristóbal: Dale, ¿y cómo empezaste a trabajar allí?

Andrea: Una amiga me llevó a trabajar a ese local cuando recién comencé a bailar. Igual, como en todo local había problemas, pero era tranquilo y obvio la música era mucho mejor que ahora.

Cristóbal: ¿Cómo describirías el ambiente que se vivía en la Escape?

Andrea: Por parte de los guardias, era seguro pero entraba igual gente mala.

Cristóbal: ¿Mala, cómo? ¿Cuán mala?

Andrea: Gente peleadora, igual vendían drogas. Era menos notorio que en los actuales locales eso sí.

Cristóbal: ¿Y qué drogas se vendían entonces? ¿Serán las mismas que ahora?

Andrea: No tengo idea.

Cristóbal: Me decías que la música era mejor, ¿qué tocaban?

Andrea: Pachanga, cumbias, tecno, uff. De todo menos reggaetón, jajaj.

Cristóbal: Jajaja. ¿Eras muy joven entonces, cuando llegaste a trabajar?

Andrea: Tenía recién dieciocho.

Cristóbal: ¿Cómo decidiste trabajar de *stripper*?

Andrea: Siempre me gustó bailar, comencé bailando en circos.

Cristóbal: ¿Qué música ocupabas en tu show?, ¿tenías algo en particular, un personaje?

Andrea: Un tecno, algo más movido y un lento, normalmente Chayanne.

Cristóbal: ¿Te dio nervio la primera vez que bailaste?

Andrea: El bailar no, el desnudo sí.

Cristóbal: Dicen que el olfato es el sentido que más conserva la memoria. Si pensaras en la Escape, ¿te trae de vuelta algún olor?

Andrea: La verdad que no, igual fue hace muchos años.

Cristóbal: ¿Y de Escape te retiraste o se acabó?

Andrea: Continué en otros locales. En esos años, recorríamos varios locales por noche.

Cristóbal: ¿Qué otros locales?

Andrea: Cuatro vientos, Ritz, Cosmonova.

Cristóbal: ¿Cuánto tiempo se puede trabajar de *stripper*?

Andrea: Hasta que el cuerpo acompañe jajaj.

Cristóbal: ¿Cómo se aprende a bailar como *stripper*?

Andrea: Wow, es complicada la pregunta, hay que saber bailar, ser sensual y saber sacarse la ropa al ritmo de la música.

Cristóbal: Y tener mucha personalidad.

Andrea: Así es.

Cristóbal: Con la plata que ganabas bailando, tenías que dedicarte a otras cosas, ¿o bailar bastaba?

Andrea: Yo solo bailaba.

Novelita

Al lado de una de las entradas de Salvador Donoso a la galería, había una escalera al subterráneo. Allí funcionaba el Piel Pub, que noche a noche de fin de semana se repletaba. Pegada afuera una hoja tenía el rostro de un hombre que había sido visto la última vez allí. La primera vez que entré fue de casualidad, justo cuando cerraban la reja de aquel acceso; el nochero del hotel me permitió entrar por el subterráneo, que era enorme, casi la mitad del edificio que cruzaba de una cuadra a otra. Aún no era tan tarde y bailaban cumbia varias parejas, mientras una banda tocaba en vivo; pasada la pista el lugar se desgranaba en habitaciones ocultas.

Conversando con el conserje con el que había entablado mayor vínculo, me enteré de quien era el dueño del Piel Pub; pertenecía al mismo hombre que tenía el local en el Barrio Puerto para la diversión de los ratis. Toda la basura salió a flote en un programa denuncia y el dueño fue a la cárcel, pero desde ahí colocaba administradores a los que confiaba el local. Mientras veíamos un partido de Wanderers en su caseta, me contó que el hombre para hacerse respetar tenía un arma, y que alguna vez la tuvo que usar con un ruso que se volvió loco en medio del bar, tiraba las sillas, golpeaba a hombres y mujeres. Él mismo lo fue a calmar pero el ruso lo levantó y lo tiró lejos. Le disparó en un pie y pudo detenerlo. No había purgado la pena por ello, como si ese local estuviera fuera de la ley.

Y claro que lo estaba. Cuando llegaba de mis tránsitos nocturnos con el hocico en llamas, me iba por Salvador

Donoso. Un candado suelto engañaba de lejos pero a pasos la música se oía igual. O sea, cualquiera podría haberla oído afuera, pero nadie lo hacía, yo había estado en otros *after* que de repente te pedían silencio, pero en este jamás pasaba. En el subterráneo entraba en otra dimensión. El celular solo tenía señal en el baño.

La síntesis que ofrecen los *after*: gente lanzada que no se puede acostar y que jamás coincidiría en un solo local, y este en particular con las mujeres de los toples que estaban en el entorno. Cada noche que entré, día hábil o fin de semana, estaba lleno. Las veces que salí, miraba el letrero de esta entrada, que dice “Galería Hotel Prat” con una corona arriba. Pensé: Esto sí que corona la noche.

Mamba Negra recuerda el Piel Pub:

Sin saber cómo llegué, me vi descendida a una especie de inframundo, un espacio gigante provisto de muchas mesas con manteles. El humo hacía que todo fuera aún más difuso. Con sorpresa observé algunos meseros elegantemente vestidos, algo que jamás iba a encontrar en ningún otro *after* de Valpo. En algún momento se me ocurrió ir al baño, no reconocía el espacio en la oscuridad y me eran ajenos los espejos tan grandes. Cuando regresé miraba las mesas y todas me parecían iguales, pero no te encontraba.

Miré más detenidamente el entorno. Recuerdo que en la mesa más cercana había un tipo de bigote, con traje y la camisa desabotonada hasta el ombligo, el sudor le empapaba la frente. Lo acompañaban dos mujeres vestidas con trajes brillantes, una de ellas con un escote profundo que exhibía casi por completo sus enormes pechos. La otra se servía una piscola mientras reía a carcajadas. Alcancé a ver cómo el hombre preparaba varias líneas sobre el mantel impoluto y las consumía sin tregua con un billete rojo, luego hundía su cara en el escote de una de sus acompañantes.

Antes, el estacionamiento del Hotel Prat; ahora, un estacionamiento para hueviar.

Una noche, después de evocar a Luz éterea repetidas veces y asumir que no llegaría, bajé a tomar. Me senté en una mesa solo. Llegó el hermano del dueño, que ya sabía quien era yo. Quería saber si andaba investigando. Ellos sabían que escribía. Se rio y me ofreció unas prostitutas que estaban repartidas en mesas sacando copete a clientes.

Si eres hombre, dijo. Quizá no te gustan las mujeres. Si estás curado, con una pastilla azul la haces. Le pregunté si las utilizaba, y me dijo que sí, pero primero le gustaba usar la lengua, algo que no necesita pila; ellas son complicadas, quieren que por prestar el culo les regale copete, al final no sé si sale a cuenta, pero a vos te basta con nunca volver.

En las farmacias de turno hallaban altas construcciones de cajas de sildenafil a la venta sin receta, para convertirse en superhombres o infartarse en el intento. El local, entonces, se me hacía como si todos los cuerpos de hombres bailando, bebiendo, agarrando la pierna de mujeres, fueran azules, manchas en movimiento. Podía ser también lo curado que estaba no más, y el humo.

Aproveché un momento de distracción de la cabrona que llevaba el local y me metí a ver las habitaciones de atrás, había gente dormida, otras piezas cerradas. Entré en una vacía. Había otra puerta en ella y avancé por pasillos gélidos. El frío me espabiló, me golpeaba la voz de Luz Eétera. ¡Sal de ahí! El agua entraba por todos lados.

Metáfora

Un subterráneo que es el corazón oscuro, sin el que esta ciudad no puede vivir. Forzando confluencias inesperadas como sucede en la noche porteña. La vaguada de Valpo era todo el humo que salía de esas bocas hablando algo todas juntas que no podía oír. Hoy, un lugar sellado; la prohibición del gozo.

5. Escape

Diario

De día el ascensor era imposible. Siempre lo esperaban viejos lastimados que iban a las oficinas de los departamentos. Cojeando, con brazos fijos, dolores de cadera; una peregrinación del dolor.

Adentro, te tenías que apretar. “Apriétalo varias veces”, me dijo un conserje. “Si no, no bajan”.

El ascensor del Hotel Prat era solo ocupado por quienes vivían allí. Tenía el botón de cada piso, pero no paraba ni en el segundo ni en el tercero. No existían.

Empecé a preferir las escaleras. Incluso era más rápido.

Metáfora

En el último piso hay una escalera enrejada. Subo al entretecho. Cuando los cerros de Valparaíso se acaban, comienzan las construcciones hechizas y esta lo es. Un piso de madera, que tiene una altura inclinada por el techo. Una escalera que da a la luz, a dominar el horizonte de los otros edificios. El pozo de agua y la chimenea rota. Es la superficie de un barco abandonado. Una construcción de madera.

Camino por las tejas con el movimiento de las olas. Arriba en los cerros hay vertederos y acá se acumulaban las cosas que fueron abandonadas: sillas, mesas. Objetos cotidianos que nunca nadie vendrá a buscar. Los bidones de cloro para hacer el aseo del hotel.

El servicio de la ciudad se esconde allí.

Novelita

Abrí la pesada puerta y quedamos encerrados bajo la luz y la estructura tuerta que permitía mirar por un círculo los pisos emergiendo y desapareciendo. Un golpe de metal y corriente indicaba que avanzábamos, mirando las escalas vacías de las noches. Saliendo a pisos al azar y cayendo en las escaleras. La máquina daba un golpe eléctrico en el entretecho.

Allá subió Álvaro cuando la ciudad ardía. Rompió la fuente de agua sobre el edificio.